

LIBROS

Un británico bien tranquilo

Precedida por una notable expectación y luego de algunos avatares, acaba de aparecer la versión española de las memorias de Gerald Brenan, "Personal Record, 1920-1972", bajo el título de "Memoria personal, 1920-1975" (Alianza Editorial, Madrid, 1976). Algunos añadidos y alguna corrección justifican la ligera variante que se ha introducido en el título español del libro de Brenan.

Entre nosotros, Gerald Brenan es ampliamente conocido por su gran libro "The Spanish Labyrinth", espléndida aportación al estudio de los movimientos políticos y sociales en nuestro país, muchos de cuyos enfoques han sido corregidos, pero cuyo cuerpo principal constituye un hito en el estudio de nuestra Historia contemporánea. Brenan no es un hispanista académico y acartonado. Todo lo contrario: es un británico de sangre aventurera, con alma vagabunda e inteligencia siempre a punto. Con sus espléndidos ochenta y cuatro años sigue viviendo en España, cerca de Málaga. Profundamente británico, ha sabido entender espléndidamente la vida y las costumbres españolas. Su amor a este país no tiene nada de folklórico o retórico. Es un amor complejo y hondo, nacido de una larga relación, con raíces en los años mozos del escritor. España está presente en casi toda la obra escrita de Brenan, en sus ensayos y en sus narraciones. Ha escrito un inteligente libro sobre Juan de la Cruz, una buena historia de la literatura castellana y un soberbio libro de recuerdos, "South from Granada", también traducido hace unos años.

"Memoria personal" es una autobiografía clásica, iluminada indudablemente por la lectura de Rousseau, más algunas aportaciones de la literatura de nuestro tiempo, de un Marcel Proust, por ejemplo. Brenan, nacido en el seno de una familia de la clase media alta británica, fue capitán durante la segunda guerra mundial, y durante la década de los veinte y buena parte de la de los

treinta se dedicó con ahínco a conocer países y personas y a labrarse una experiencia para madurar en su oficio de escritor. A través de las páginas de este libro vamos viendo los diversos pasos de su vida: sus largas estancias en Yegen, un pueblecito perdido de la provincia de Almería, escaso de dinero y rodeado de libros; lo vemos vagabundear por Marruecos, volver a las islas, frecuentar el grupo de Bloomsbury, vivir la bohemia londinense, escribir, observar, ir de un lado a otro con una perpetua curiosidad, con una insaciable necesidad, nada libresca, de entender el enigma perpetuamente renovado de las relacio-

de las confesiones, sino ordenando sus experiencias y recuerdos con admirable objetividad, es decir, con suprema maestría narrativa. Hay momentos en "Memoria personal" en que el libro nos parece esencialmente una extraordinaria novela psicológica, contada con la minuciosidad de un gran novelista. Otros, en cambio, tienen la animación de una crónica, que nos comunica en breves pinceladas o en largas panorámicas el espíritu de una época, de un país. En este sentido es modélica su evocación de la Málaga envuelta en los fuegos de 1936, toda pasión y desmesura, magistralmente contrapunteada por la descripción de la



Gerald Brenan.

nes humanas. Con considerable sinceridad —pero sin alardes millerianos, por supuesto—, Brenan nos cuenta su vida amorosa, sus amores extraños y torturados con Dora Carrington, su —en cierto modo— *mariage de convenance* con Gamel, sus errabundos eróticos entre prostitutas y semiprostitutas en Londres o en Tolón. Con un supremo pudor, pero con una penetración sin desmayo, Brenan, al irnos desvelando la intimidad de su vida, va desvelando, en parte al menos, la de una serie de representantes de una clase social a la que conoció profundamente, pero de la que supo alejarse sin rupturas dramáticas, pero tampoco sin titubeos. Si hemos hablado de Proust al principio —y se podría hablar también, tal vez, de otros modelos de psicólogos y de moralistas franceses; por ejemplo, el duque de Saint-Simon, explícitamente aludido alguna vez— es porque Brenan, con mano maestra, nos describe el complicado tejido de relaciones interpersonales que lo envolvían a él y a sus amigos, sin dejarse nunca llevar por el vértigo

de Gran Bretaña en vísperas del estallido de la guerra y cuando empezaron las bombas nazis a caer sobre su suelo.

Es admirable pensar el espíritu de comprensión y de perenne creatividad juvenil que lleva a un hombre así a escribir, prácticamente sin ayuda, desvinculado del medio universitario, una obra maestra como "El laberinto español" y a la vez a no renunciar al ejercicio de la literatura. La sabiduría no está reñida con la sensibilidad, nos recuerda Brenan en un país donde la mayoría de los historiadores tienen a gala escribir en el estilo más pedestre, más triste y más polvoriento posible. Brenan tiene, por la complejidad de sus intereses, por su cultura, por su refinamiento literario, por su sabiduría, el gran estilo de un *philosophe* del siglo XVIII. Su inmenso mérito —que le ha ganado un puesto de honor como especialista en historia social y como escritor— es haber mantenido siempre los ojos bien abiertos, los oídos siempre dispuestos y la inteligencia alerta. Acaso su amor a la Naturaleza —que le

inspira algunas de las páginas más sobriamente bellas del libro— le ha ayudado a entender mejor la historia de los hombres y le ha dado una libertad y una disponibilidad que no parecen de nuestro tiempo.

Por último, hay que citar la estupenda versión castellana de José Luis López Muñoz, una de esas traducciones delante de las cuales no cabe más que el aplauso. Digna en todo de ese hermoso, conmovedor, apasionante libro titulado "Memoria personal". ■ JAVIER ALFAYA.

Algo más que simples elecciones

"Aproximándonos a la realidad social española, hemos pretendido acercarnos a la clase trabajadora, verdadero protagonista del Derecho del trabajo, y deseamos que este libro ayude a comprender su injusta posición en la Historia, a valorar la dura represión de que ha sido objeto y, en fin, a admitir la necesidad de que asuma un nuevo papel en la futura sociedad democrática" (1). Resulta enormemente satisfactorio que dos profesores de Derecho del trabajo (Luis Enrique de la Villa y Carlos Palomeque) comiencen así su libro y que además consigan su pretensión, ello nos permite ya palpar la existencia de profesores que construyen su conocimiento sobre la realidad y no sobre la erudición; de estudiosos del derecho que parten del divorcio existente entre norma jurídica y realidad social. Que pretendan, en suma, aminorar el apotegma marxiano de que la conciencia va siempre a la zaga de la realidad.

Este libro es algo más que una lección de Derecho del trabajo, o en realidad algo más que un manual clásico de Derecho del trabajo, porque en puridad esto es derecho del trabajo y así debe ser explicado. Pensar que el Derecho del trabajo puede ser comprendido al margen de las relaciones sociales de producción, pretender aislar al movimiento obrero y a su historia de las normas laborales y de su historia, explicar exclusivamente la naturaleza jurídica de actos e institutos entre empresas y trabajadores, es un flaco servicio, no sólo

(1) "Lecciones de Derecho del trabajo". Luis Enrique de la Villa y M. Carlos Palomeque. (Instituto de Estudios Laborales y de la Seguridad Social.)

al estudiantado, sino a toda la sociedad, pues no supone otra cosa que la negación de la realidad y porque como decía Gramsci, hay que perder la costumbre y dejar concebir la cultura como saber enciclopédico en el cual el hombre no se contempla más que bajo la forma de un recipiente que hay que rellenar y apuntalar con datos empíricos, con hechos en bruto e inconexos que él tendrá luego que encasillarse en el cerebro como en las columnas de un diccionario para poder contestar en cada ocasión a los estímulos varios del mundo externo. "No eso no es cultura, sino pedantería; no es inteligencia, sino intelecto y es justo reaccionar contra ello" (2).

La cultura es mucho más, es un útil, un instrumento para la comprensión de la realidad circundante, entre otras cosas porque la transformación de la realidad (sociedad) pasa ineluctablemente por su conocimiento. Máxime en un sector (Ordenamiento Jurídico Laboral) cargado de esoterismo. "Es realmente inaceptable —aunque desde luego comprensible— que la mayor parte del colectivo de los trabajadores no sea capaz de entender mínimamente las obligaciones estatales que fijan sus derechos y obligaciones" (3).

Parte el libro de elevar a categoría central el conflicto industrial, del que serían manifestaciones superestructurales el contrato de trabajo, el convenio

(2) "El grito del Pueblo" 29 de enero de 1976: Rec. M. Sacristán en A. Gramsci. Antología. Siglo XXI.

(3) "Lecciones..."

colectivo y las demás instituciones laborales, explicando, a su vez, el conflicto industrial a través de la relación dicotómica capital/trabajo; relación esta determinante no sólo de la conflictividad laboral, sino también de la social. "No existe por otra parte diferencia cualitativa entre conflicto laboral y conflicto social. El trabajo es factor esencial del conflicto social" (4). En realidad el conflicto industrial no latente (la huelga) es expresión y no consecuencia de la lucha de clases, en origen la causa sería la usurpación de plusvalor por parte de los capitalistas. Usurpación que configura a la sociedad de producción capitalista en clases y condiciona su lucha y las manifestaciones de esta lucha.

Como antiguo estudiante de Derecho puedo captar la sorpresa (ilusionada) del alumno que va a oír en clase hablar de Marx y de los conceptos de plusvalor y concentración capitalista; que va a estudiar en su libro de texto opiniones de maestros, de necesario conocimiento, como Alonso Olea y Bayón Chacón al lado de citas de Nicolás Sartorius; que se le va a explicar el nacimiento y desarrollo de CC. OO., que, en fin, se le va a decir que las actitudes de nuestro empresariado en el orden laboral son: oposición a las reformas legislativas de importancia, resistencia al cumplimiento de la Ley, estilo autoritario, normalidad represiva y excesivo grado de explotación. Como ciudadano no cabe

(4) Ib.

sino alegría al comprobar la existencia de profesores que orientan su obra no solamente a juristas y estudiantes, sino al lector ordinario, comprometido o interesado en el movimiento obrero de nuestro país. De profesores que buscan la identificación de los presupuestos políticos y económicos sobre los que descansa el Derecho del trabajo, que queda definido (Palomeque) como "el cuerpo de principios y normas que tienen por finalidad la integración del conflicto industrial". Para que ustedes me entiendan: el cordón sanitario de la lucha de clases.

No queda más que el agradecimiento a Luis Enrique de la Villa y a Carlos Palomeque, y no sólo por su magnífico trabajo, sino por formar parte de ese colectivo, cada día más numeroso, de profesores del Derecho del trabajo comprometidos con la realidad. Gracias ■ MARCOS PEÑA.

Sawa: Recuperación de un extemporáneo

Mala suerte tuvo en vida el escritor Alejandro Sawa. No la ha tenido mejor después de la muerte. Sus obras son desconocidas. No se habla de ellas. Y cuando esto se hace se hace mal. Un jesuita inquisidor (Garmendia de Otaola) escribe que "sus novelas son rechazables". En un manual de historia de la literatura española se dice que tienen interés sus "Limitaciones en la

sombra", por "Iluminaciones en la sombra", libro publicado al año siguiente de su muerte. Más que por otra cosa, es por este hecho, involuntario y final, por el que ha pasado a la literatura. Alejandro Sawa es el Max Estrella de "Luces de bohemia". Y la escena de su muerte figura también, según algunos, en "El árbol de la ciencia" barojiano. No lo cree así Ildefonso-Manuel Gil en su razonado trabajo "De Baroja a Valle-Inclán" (publicado en "Valle-Inclán, Azorín y Baroja", Seminarios y Ediciones, hora h, número 66). Baroja hablaría de Sawa en "Juventud, egolatría" y en sus "Memorias". Estas eran las fuentes más conocidas para llegar a un particular conocimiento de Sawa.

Ahora, con la ayuda de la Universidad de Texas, Turner publica un estudio completo y excelente sobre Sawa, su muerte, su vida y su obra. Su autor es el profesor norteamericano Allen W. Phillips, veterano rastreador de la obra valleinclanesca y buen conocedor de aquella época en que vivió el autor de "Luces de bohemia" y murió el que podría ser su protagonista.

Phillips comienza el trabajo con la muerte del escritor, ocurrida en Madrid el año 1909. A ello sigue el relato de su vida azarosa, desde que naciera en Sevilla en 1862 (siempre se sintió andaluz y escribió una vez: "El irreductible andaluz que en mí existe"), viniera a Madrid, pasara una larga temporada en París (por cierto que el hotel Médicis, donde se hospedó, no está en la calle Monsieur-le-Franco, como se dice en el libro, sino en Monsieur-le-Prince), conociera y tratara a Verlaine, volviera a Madrid, para morir en la pobreza y la locura, "extemporáneo en la vida y en el mundo".

Phillips realiza un completo análisis del Sawa periodista y del Sawa novelista ("La mujer de todo el mundo", "Crimen legal", "Declaración de un vencido", "Noche", "La sima de Igúzquiza"). Reconoce en Sawa un escritor enfático (elocuente, le llamó Baroja) y que "hablaba en libro", según Rubén, y ve en algunas de sus páginas "un acento sincero de dolor y de soledad". Acaso el que su paisano Machado (Manuel) expresara en estrofas manriqueñas en su epitafio: "Jamás hombre más nacido/para el placer, fue al dolor/más derecho./Jamás ninguno ha caído/con facha de vencedor/tan deshecho". ■ VICTOR MARQUEZ REVIRIEGO.

